



Director: José Rodríguez Fernández.

Toda la correspondencia literaria al Director, Plaza
de Mina, número 1.
No se devuelven los originales que se nos remitan.

Administración: Bulas, núm. 8.

Suscripción... { En Cádiz, un mes Ptas. 0'75
Fuera de Cádiz, trimestre. 3
Número suelto, 15 cénts.—Atrasado, 25 cénts.

Se publica los días 9, 16, 23 y 30 de cada mes.



INOCENTADAS



¿Porque se reían LAS MUJERES
CUANDO DICEN QUE HACE FRÍO?

SUMARIO

TEXTO: VELADAS TEATRALES: *En el Principal*, por Philos.—*En el Cómico*, por Maiquez.—*En el Circo-Teatro*.—*De aquí y de allá*, por Ramón Urejo.—*Casos que ocurren*, por Luis Pérez.—*Amores de ultratumba*, cuentecillo por Adolfo Wagener Moriano.—SECCIÓN RECREATIVA.—*Entre bastidores*.—*Epigramas y Cantares*, por Ricardo González y X. X.—*Charada, solución*.—ANUNCIOS.

DIBUJOS: *Inocentada y Afinidad entre la ciencia y el arte*, por Vermellón.

VELADAS TEATRALES

EN EL PRINCIPAL.

No se puede escribir del, con sobrada razón, llamado vetusto coliseo de la calle de la Novena, sin recordar las inexplicables tolerancias que guardan las autoridades á los propietarios y explotadores del teatro. Además de permitir que se vendan entradas y localidades para el último piso, cuando es humanamente imposible llegar á las alturas sin darse de coscorrones contra la carcomida viguería; en estas pasadas noches, á escepción de las luces de la sala, el alumbrado mixto de gas y de velas de esperma (sebo iba á poner) con descaro por parte de la empresa y ceguera por parte del Gobernador y del Jefe de Fomento; el alumbrado, repito, con todas sus deficiencias, solo ha venido á iluminar el *cadáver* del Reglamento de Teatros y de cuanto hay legislado sobre policía de teatros.

Verdad es que en el *Principal* cuecen habas, y en el *Cómico*, en el *Circo* y en *Eslava*, á calderadas: sus razones tendrán nuestras autoridades para consentir tales infracciones y con su pan se lo coman, puesto que el público no adopta la actitud que debía tomar; y es: abstenerse en absoluto de asistir al teatro, hasta que las empresas pusieran los teatros en condiciones.

Mas como una cosa es predicar y otra llevar á la práctica la teoría, sucede que yo soy el primero que tengo costumbre de ir al teatro y, con rara puntualidad, no falto noche al *Principal*, como si se tratara de la mejor compañía del mundo y de los estrenos más famosos del repertorio lírico moderno, cuando por lo general sufro el eterno *Certámen Nacional* ó el ya insoportable *bis* de todos los números musicales del *Chateau Margaux*.

Y gracias; porque á lo mejor nos sorprenden con un estreno soporífero, como el de las *Bodas de Oro*, una castaña pilonga como *Las estacio-*

nes, ó una *rapsodia* bufa como *El murciélago aleroso*; si no resucitan primores literarios y bellos, tan del gusto de ciertas gentes, como el nunca bastante aplaudido (y archivado) *D. Pompeyo en Carnaval*.

Del estreno de la sátira política *El Sr. Juan de las Viñas, ó los presupuestos de Villa-Anémica*, original el libro de Granés y Navarro Gonzalvo y la música (es un decir) de Valverde *petit*, no podemos decir más que es una de tantas revistas de esa clase; y del arreglo de Pina Domínguez titulado *El Matrimonio civil*, hablaremos en el próximo número.

Conceder los honores de un juicio á tales producciones, sería faltar á la seriedad de la crítica.

¿Y qué más vamos á decir del Teatro Principal? Pues que la Srta. Segura (lo mejor de la casa) ha rescindido el contrato; que las señoritas Brú, son guapas, y la Isabelita canta muy bien; que Guzmán trabaja á conciencia; que Gustavo Carrasco tiene buena voz, y que Portillo y la señora García sirven para los papeles graciosos, pero en serio no convencen.

PHILOS.

* * *
EN EL CÓMICO.

Parecería olvido intencionado no decir algunas palabras en nuestra REVISTA TEATRAL sobre el teatro que lleva aquel nombre y del que generalmente se ocupa muy poco la prensa periódica.

Recordamos en primer término, la zarzuela estrenada el miércoles, titulada *Los extranjeros*, escrita por los Sres. Sánchez Seña y Larra (hijo), con música del maestro Fernández Caballero.

No daremos una idea del argumento; basta decir que abunda en situaciones cómicas, aprovechadas con acierto por los autores para la colocación de chistes oportunos y repetidos.

El título algo forzado, á nuestro juicio, se funda en la resolución de unos cómicos que determinan pasar por cantantes italianos.

Si se nos pidiera un juicio serio sobre la obra, nos contentaríamos con decir: «nos ha hecho reír durante toda su representación.»

Se ha distinguido en ella la Srta. Isabel Hernando, que ha recitado y cantado plausiblemente su papel de Pura.

Lo mismo podemos decir de la señorita Sanz (A.) y Sanz (J.)

Los demás actores que han tomado parte, contribuyeron al éxito, por la interpretación muy acertada de sus varios papeles.

El Sr. León caracterizó discretísimamente el suyo y probó una vez más en él, que es un actor inteligente y estudioso.

El público rió y aplaudió, y todos quedamos satisfechos de la obra.

Los coros estuvieron muy bien y coadyuvaron con su movimiento escénico al resultado total.

La misma noche se puso en escena el *casi estreno* *El diablo en el molino*, entretenida zarzuela que hace un año no se oía en esta ciudad.

La señorita Hernando y la Ortiz fueron muy aplaudidas en ella, aplausos que compartieron los otros actores que tomaron parte en su representación.

Nuestro estimado colega *El Diario de Cádiz* se hace eco de los deseos de algunos concurrentes, para que se ordene lo necesario, con el fin de interceptar la insoportable corriente de aire que penetra en la sala por la puerta de persianas colocada á la derecha del escenario, lo que nos parece muy oportuno.

También se pide en la misma gacetilla, y creemos debe ser del mismo modo atendido, que no se levante la lujosa cortina del fondo del lado en que está abierta la puerta lateral del cancel por donde ingresa el público.

De esperar es que la Empresa, que no repara en gastos para hacer agradable la permanencia en este teatro, atenderá debidamente estas indicaciones.

MAIQUEZ.

EN EL CIRCO-TEATRO.

EL SR. ESPINOSA Y LA NIÑA MELA.

Habíamos prometido ocuparnos de estos artistas, y no queremos pasar más números de la Revista sin decir dos palabras, ya que, á nuestro juicio, merece, esa distinción que se denomina *padrafo aparte*.

Gustosos se lo dedicamos hoy,

El Sr. Espinosa es de los actores mejores que hemos conocido que saben interpretar el tipo del gomoso, del sietemesino, del imberbe y del tímido.

Tiene un especial cuidado en hacer resaltar todas las cualidades que afectan á esos caracteres y dá gusto de verle en escena, haciendo alardes del completo dominio que de los mismos tiene.

Y como ejecutándolos bien ha de producirse muy frecuentemente la hilaridad de los oyentes,

la constante risa del público cuando él pisa la escena, es la prueba más elocuente de la discreción y del talento de Espinosa.

El Sr. Mela tiene con este actor una gran adquisición.

Conviene hacer observar que hace reir y entretiene á *todo* el público, al de butacas y al de *perra gorda*.

Otros directores que no llegan ni con mucho al talento del Sr. Mela, jefe de la compañía, se creen, quizás de buena fé, que los actores deben moverse mucho y hacer piruetas de payasos para hacer reir. Esos son directores mamarracheros, que no partirían peras, seguramente, con actor tan distinguido como Espinosa.

Por desgracia, directores como aquel los hay á montones, y actores como el último no abundan.

Nuestra cordial enhorabuena á Espinosa.

Niñas en abundancia se presentan en escena y casi casi, sin abrir la boca tienen la suerte de recoger aplausos. No saben hablar, no saben accionar, no saben vestirse, y sin embargo los espectadores se hacen lenguas de sus ¡méritos!!

La simpática Srta. Mela se gana las ovaciones á pulso.

Es una artista en embrión de indiscutible mérito.

Ha nacido para el arte y en él se desarrolla á pasos ajigantados.

Es una notabilidad.

No mencionaremos obra. En todas cuantas interpreta recoge aplausos á granel y es considerada por los concurrentes (que son muchos) al Circo-Teatro, como lo mejorcito que se ha visto y oído en papeles de la naturaleza de los que ejecuta.

Felicitamos de todas veras al Sr. Mela por ambos elementos de su compañía y por las buenas entradas que hoy tiene.

LA SEÑORA MEDINA

El viérnes último se puso en escena en la última sección, la preciosa zarzuela *Charito*, cuyo protagonista estuvo á cargo de la expresada señora, mereciendo constantes aplausos.

Gustó mucho de amazona.

En la última escena cantó unas *peteneras* que tuvo que repetir varias veces; tal es el estilo y gracia con que se deja oír.

El público salió muy satisfecho.



Vivir para ver! ¿Quién hubiera creído que *aquella* en cuyas palabras confiaba yo con fe rayana en divina, aceptando sus ideas y pensamientos sin someterlos á prudente crítica y descansando en su relativa omniencia, había de asestar á mi confianza tan certero y solapado golpe!

¡Oh, cielos! Si de tal manera son recompensadas acá en la tierra la candidez y la inocencia de un alma desconocedora de las innobles sirtes del engaño; si los mortales han de emplear los funestos dones de satánico ingenio en burlar despiadadamente las más fundadas esperanzas y en matar las más consoladoras ilusiones, venga pronto la bienhechora muerte; que es preferible el *no ser* á una vida sembrada por doquiera de amarguras y desengaños.

¡Ah! se me olvidaba advertir á mis benévolos lectores que *aquella* pérfida é infiel á quien me refiero no peina doradas hebras ni las negruras del abismo han teñido sus ojos y cabellos; es decir, que no es rubia ni pelinegra; porque... no es una mujer. Yo me refiero á *la prensa*: que de los desengaños que la femenil inconstancia hace llover sobre los hombres no había de hablarlos por ser cosas ya olvidadas de puro sabidas.

No he de ocultaros, pues, que en la prensa tenía yo puestas todas mis complacencias.

Cuando mi espíritu, ganoso de conocer los sucesos varios acaecidos en el seno de la sociedad presente, intentaba adquirir los necesarios datos, á la prensa acudía, que es la crónica detallada de los pueblos y naciones.

Si de la organización de los distintos ramos de la administración pública y de su ordenada marcha pretendía informarme, ella ocurría presurosa á mi deseo investigándolo todo y denunciando con desenfado y valentía las deficiencias observadas.

Pues bien; la traidora me engañó como á un chino, que, según parece, es el ser más asequible al engaño.

No se detuvo ante la calumnia, no ante la impostura y el ageno descrédito, no ante la afirmación mentirosa.

Con sus calumniosas especies, el ramo de Correos perdió su bien fundado prestigio; y un apellido á todas luces honroso pasó á ser á manera de estigma lanzado á la competencia de los sucesivos é inmediatos directores del ramo.

Y *Mansi*, murmuraban las cerradas cartas; *Mansi* las felicitadoras tarjetas; *Mansi* los prudentes y previsores certificados: que por doquier, lo mismo en la humilde y escondida aldea que en la ciudad populosa, en la costa abrupta que en la manchega llanura, en España como en el extranjero, era pronunciado el apellido *Mansi* por todos los labios; porque *Mansi*, según la prensa, hartado había con su ineptitud y los deficientes servicios del ramo de Correos, todos los pueblos del Nuevo y Antiguo Mundo.

En mi credulidad casi bochornosa, me figuraba yo ver nuevos *Mansis* en todos los personajes que han venido dirigiendo tan importante sección de comunicaciones y un *Mansi* chiquito en cada administrador local; pero llegó para mí la hora de dar al César lo que es del César y mi conciencia, sobreponiéndose á sugerencias extrañas, pudo desbaratar tal cúmulo de acusaciones y dictar absolutorio fallo en debido homenaje á las personas.

Tan maravillosa lucidez, comenzó para mí en el momento en que puse mi pecadora y mal tajada pluma al servicio de un periódico. La iniciación de escritor, *passez le mot*, me dió el conocimiento de las debilidades y deficiencias de la prensa. Y me he convencido de que los periódicos se quejan de vicio.

Por lo menos, la redacción de la REVISTA TEATRAL no tiene motivos para quejarse. Un su dependiente llega á la Administración de Correos, deposita allí ejemplares sueltos ó paquetes, debidamente fajados, y dirigidos para Linares, pongo por caso; y todo lo que puede suceder, creedlo, queridos lectores, es que, pasado algún tiempo, llegue, si irremediablemente no se extravía... una carta de Linares en que nuestro suscriptor ó corresponsal se queja de no haber recibido la REVISTA.

Ya sabemos todos que el bello ideal, atento á comunicaciones, es que todo lo al correo confiado llegue sin extravío, tardanza ni violación al lugar designado. Si alguno de estos leves accidentes ocurre, debe suponerse que es una de tantas *impurezas de la realidad*; pero en manera alguna significa *irregularidad* en el servicio.

La verdad es, que la prensa no debe lanzar imputaciones tan calumniosas que pueden inducir á error á la opinión pública. La generación naciente nos observa, nutre su inteligencia con las ideas que estudiada ó impremeditadamente emitimos y, con tales elementos, produce sus juicios.

No debemos escandalizar á los pequeñuelos. Una REVISTA quincenal, para instrucción y recreo de tan tiernos seres, ha empezado á publicarse con el título *El Niño*. Si digéramos, que no se lo diremos á nadie, por supuesto, que hay suscriptores en esta misma provincia que á esta fecha no han recibido el primero ni el segundo de los números publicados, que son dos hasta hoy, pudieran suceder que, por casualidad, acertáramos. Pero, ¿vamos por eso á soliviantar al suscriptor, que es un niño, diciéndole que *El Niño* no puede ir de un pueblo á otro sin que alguien lo robe ó se lo trague? De ninguna manera.—RAMÓN UREJO.

CASOS QUE OCURREN.

Luisa Suave era una joven alta y flacucha, con las piernas como palillos de tambores y juntas por las rodillas; la nariz tuerta y un ojo mandando lágrimas continuamente le daban un aspecto tan extraño que causaba repulsión á primera, á segunda y aun á tercera vista.

Luisa Suave tenía, sin embargo, un carácter sumamente romántico, adquirido tal vez con la lectura de novelas de capa y espada y dramotes antiguos, y todo su bello ideal estaba cifrado en resucitar en ella alguna de esas damas que representaban los papeles más importantes en las obras que día tras día y noches tras noches, habíale servido de estudio y recreo.

Suspiraba á cada momento mientras se enjugaba su ojo enfermo, ya desprovisto de pestañas; para su conservación tenía un escogido repertorio de palabras altisonantes y pensamientos filosóficos que había retenido en la memoria después que los hubo leído en varias hojillas de un almanaque de pared.

Ser amada por un tipo ideal representado por un joven de ojos negros, pálido, casi tísico, que diera en la extraña manía de situarse á la media noche bajo las rejas de sus balcones (de los de ella) con el laud bajo el brazo, sustituido por una bandurria ó guitarra, si no había otra cosa; que después de templar su instrumento (el de él) entonárale romanzas llena de ternura incitándola á salir al balcón para que oyese de cerca sus lastimeros suspiros, sus trovas amorosas y los ayes de sus desgracias, habría sido para Luisa Suave la mayor felicidad de todas las felicidades.

Que esto sucediera en invierno y la espusiese á pescar una pulmonía no le preocupaba. Así había respondido á su mejor amiga, á la que confiaba todos sus secretos cuando en varias ocasiones le hizo la misma observación.

Pero estos deseos que no se realizaban nunca traían á mal traer á la desgraciada Luisita, que íbase quedando cada vez más flaca y más fea. Su madre estaba alarmada por más de un motivo: el primero y principal la salud de su hija que se quebrantaba rápidamente, y el segundo que no teniendo ellas otro patrimonio que la costura, de cuyo producto vivían, si Luisa iba de mal en peor, tendría que renunciar al trabajo, tomar medicinas y alimentos fuertes, lo cual era de todo punto imposible no contando con recursos ningunos.

¿Que iba á hacer aquella señora?

Luisa no era ya Luisa sino un espárrago triguero de los más duros de mascar; parecía un espectro

viviente, un esqueleto animado: su ojo lagrimeaba con más frecuencia y abundancia; su nariz habíase inclinado más al lado izquierdo; las piernas holgaban en las medias y el vestido no se sujetaba á la cintura.

El estado de aquella familia era insoportable, y doña Remigia hacía esfuerzos para alegrar á su hija de alguna manera: resolvió llevarla todas las noches al teatro á ver si conseguía distraerla.

Y, en efecto, empezó nueva vida para Luisa, ahora trataba de arreglarse lo mejor posible, haciendo maravillosas transformaciones en sus vestidos; tapaba con afeites los defectos de su rostro; se ponía caderas postizas; peinábase coquetonamente, y como de noche todos los gatos son pardos, pasó Luisa en el *gallinero* sin llamar la atención de la concurrencia durante algún tiempo.

Es indudable que la suerte no está para quien la busca, sino para el que la encuentra; la joven romántica halló en el teatro su *cachito* de novio cuando menos lo esperaba, pero no aquel tipo ideal que había forjado en su imaginación inspirada por dramas y novelas, no; el pretendiente de Luisa era ya entrado en años, bajo de cuerpo y jorobado; una inmensa levita le cubría casi todo y una chistera grandísima le tapaba la cara. Sin embargo, como era muy obsequioso con ella y trataba con mucho respeto á la madre, esta no tuvo inconveniente en franquearle las puertas de su casa ni Luisa en escuchar sus palabras y promesas, si bien con alguna frialdad y no muy predispuesta á corresponder al cariño que aquel la ofreciera.

No se ocultó este desvío á la sagacidad de doña Remigia, quien comprendió lo difícil que sería para Luisa matar todas sus ilusiones, aceptando por amante un tipo prosáico, viejo y defectuoso, sin sospechar que otras causas lo motivaran.

El novio habló de casamiento y empezaron los preparativos; pero él tuvo que ausentarse para arreglar algunos asuntos antes de contraer matrimonio.

Y ella... Pocos días después los periódicos de la localidad daban la siguiente noticia:

«La señorita R., que se escapó de la casa materna, en la noche del 3, suceso de que dimos cuenta á nuestros lectores, no lo hizo acompañada de su novio, como en un principio se creyó, toda vez que éste se halla ausente, y arreglando varios asuntos para contraer matrimonio á su regreso. Ahora, en vista de lo ocurrido, es posible cambie de determinación.

El seductor ha sido el galán joven de una com-

pañía de cómicos ambulantes, en cuyo teatro fué encontrada la jóven haciendo *el café del Certamen Nacional*.

El escándalo fué mayúsculo, pero el novio volvió de su viaje, y así como había aceptado defectos anteriores, á cambio de los suyos, tuvo la abnegación de aceptar todas las consecuencias de la escapatoria, y se casó.

Y hasta tuvieron hijos; es decir, ella.

LUIS PÉREZ.

AMORES DE ULTRATUMBA.

CUENTECILLO.

I.

Eran las dos de una madrugada del mes de Febrero de 18...

Vagaba solo y errante por las calles de la ciudad un hombre, que parecía joven, aunque no se podría afirmar pues su rostro iba cubierto por ancha bufanda, cuyos extremos caían sobre sus hombros.

Su paso era agitado á ratos y alguna vez pausado; se descubría en él, á la persona que camina sin rumbo fijo, tropezando en ocasiones con algún transeunte, trasnochador como él.

Menuda lluvia azotaba el rostro de Alfonso, que así le llamaremos, más no se daba cuenta de ello. Sus padres al morir habíanle dejado una regular fortuna: tenía 24 años de edad.

Vivía con el desahogo que otros jóvenes de sus circunstancias; pero ya estaba harto de placeres y quería gozar de la tranquila y sosegada vida del matrimonio.

Esta era la idea que llevaba aquella madrugada al recorrer las calles.

En su mente bullía la idea no de una mujer alegre sino la de una joven enamorada.

Absorto por esta idea habíase internado en una obscura y silenciosa callejuela.

A los pocos pasos llamó su atención una intensa claridad que salía de una ventana baja.

Llegó ante ella y... ¡oh! dolorosa sorpresa!

En el fondo del cuarto destacábase una cama sobre la que dormía el sueño eterno una joven preciosa, rubia, y cuyos ojos velados por largas y sedosas pestañas parecían mirarle, pues la muerte no le había dado tiempo para cerrarlos.

A los pies de la cama hallábanse hincadas y orando dos hermanas de la Caridad.

El corazón de Alfonso latía con violencia; nunca había sentido tal emoción; él mismo no quería revelarse la terrible verdad, pero al fin se convenció de que aquellos efectos eran los del amor puro y verdadero.

Si, fuerza es decirlo; habíase enamorado de la muerta y desde aquel momento la adoraba.

Siguió algún tiempo clavado á la reja, pero bien pronto la lluvia que aumentaba le obligó á abandonar aquel sitio, tomando maquinalmente y con paso inseguro el camino de su casa.

Eran ya las tres. Inútilmente trató de dormir.

Al amanecer podía verse á Alfonso en la esquina de la callejuela, donde pocas horas antes había transformado su vida.

Inmovil, con la mirada fija en la casa mortuoria, esperó hasta las nueve de la mañana hora designada para la salida del fúnebre cortejo.

Unióse á él y le siguió hasta que el cadáver de la joven quedó depositado en la tumba.

II.

Las doce de la noche acababan de sonar en el reloj de una iglesia de las afueras de la ciudad.

Entre las sombras y al resplandor de la luna se destacaba una gran casa blanca vigilada por frondosos cipreses.

Era el Cementerio.

En aquella mansión y á la indicada hora entraba un joven en quién reconocimos á Alfonso.

Había transcurrido un mes desde la fecha del episodio anteriormente referido.

Como si estuviese ya acostumbrado á ello el sepulturero, aceptó la moneda que puso en sus manos Alfonso, y retiróse á su puesto, mientras que aquél seguía con paso firme y resuelto un camino que parecía recorrer frecuentemente.

Al poco rato se detuvo é hincóse ante un modesto panteón que formaba una cruz de piedra.

Allí estuvo largo rato orando, y á veces sacaba el pañuelo para enjugar las lágrimas que en abundancia vertía.

El reloj de la misma Iglesia resonando empezó á dar las horas del día siguiente.

Alfonso se levantó dirigiendo una última mirada á la losa que cubría los restos de su adorada; fué á dar un paso; más de pronto cayó al suelo inerte.

III.

Amanecía.

El sepulturero dió su acostumbrada vuelta por los patios.

En uno de ellos detúvose lleno de sorpresa al ver un hombre tendido en tierra.

Acercóse; miróle el rostro y dió un grito de espanto; había reconocido en él á Alfonso que no daba señales de vida.

Llamó á sus compañeros y uno de ellos acercó su mano al corazón; no latía.

No sabían como explicarse la muerte de Alfonso, más uno de ellos reparó en que la capa estaba

enganchada en un clavo de la cruz y tanto ellos como las personas que conocían al muerto, forjaron el comentario de que al haberse levantado Alfonso para marcharse y sentir que por detrás lo retenían, en su mente soñadora quizás pensara que era su adorada la que lo hacía, cayendo muerto á causa de la emoción que esto le produjo.

ADOLFO WAGENER Y MORIANO.

SECCIÓN RECREATIVA

ENTRE BASTIDORES.

Representábanse *Los aparecidos* y el público mostró de manera visible su desagrado en uno de los coros de señoras.

Cae el telón y el director de escena dirigiéndose á una de las niñas del referido coro, la dice con desentonadas frases:

—Fulana: has entrado toda tiesa en escena cuando sabes muy bien que hay que presentarse acurrucada y además no saliste por donde debías. Te multo en cincuenta céntimos.

—Pero D... ¡si no se entra tiesa como va una á colarse!...

La mamá de la niña toda aturdida por lo de la multa, reconviene á su cachito en los siguientes términos:

—Pero hija, tu antes por qué no preguntas á las compañeras: por qué boquete me entro? por qué boquete me salgo? cuando entro *agachá* y cuando *levantá*?

La niña del coro, amoscada:

—Bueno mamá, pues las partes también se equivocan.

La mamá hablando consigo misma:

—Si habrá dicho mi niña alguna cosa mala; ¡eso de *las partes*! (Dirigiéndose á ella.)

—Oye hija ¿y que son las partes?

—¡Ay, mamá! no te enfades. Las partes son... pues, la tiple y el tenor.—(Histórico.)

EPIGRAMAS.

La escena en el Instituto de Ca... (El nombre me lo callo) en exámenes de física profesor á examinando:

—A ver dígame usted alumno: que gas es más de su agrado? el hidrógeno... carbono ..

—Ah! no señor! ¡El *gas*... pachó!

En casa de cierto duque admitieron de criado á un joyen recién venido

dé la tierra de los nabos,
y un día que en el Pasillo
le dijo su amo—¡Pascasio!
tráeme al punto una silla.
Le contestó el muy gznápiro:
—Quiere la de estribus cortus
ú la que lus tiene larjus?

Cádiz.

RICARDO GONZALEZ.

CANTARES.

Antes de marchar á verte
parece que el reló atrasa,
y cuando estoy á tu lado
me parece que adelanta.

No me hagas mas sufrir
morenilla por favor,
pues ya sabes que te quiero
con todo mi corazon.

Es tu boquita un nido
de ruiseñores,
y tu cara modelo
de perfecciones;
y poco á poco,
conseguiste morena
volverme loco.

Ábreme niña tu puerta
ábre la corazón mio;
porque en medio de la calle
me estoy muriendo de frio.

R. G.

Ese cachito de cielo
Que ves desde tu ventana
Tiene menos luz, morena,
Que los ojos de tu cara.

Acaba ya de una vez
Diciendo que nó ó que sí;
Que es más triste agonizar
Que acabarse de morir.

Que venga Dios y lo vea
Si no es burlarse de mí,
Estar *siempre* prometiendo
Sin llegar *nunca* á cumplir.

X. X.

CHARADAS

Solución á la charada en acción del número 22.
VALLADOLID.

Tipografía de J. Benítez Estudillo, Bulas 8.—Cádiz.

AFINIDAD DE LA CIENCIA Y LAS ARTES



Vermellón
92